

# Construcción teórica de los movimientos sociales en Chile. Una aproximación.

Avance de investigación en curso.

GT 20. Sociedad civil: Protestas y movimientos sociales.

Mónica Iglesias Vázquez.

## Resumen

El examen de los movimientos sociales chilenos ha sido abordado desde distintos enfoques disciplinarios –principalmente desde la Sociología y la Historia Social–, y a partir de presupuestos teórico-metodológicos muy dispares. Pretendemos exponer esas distintas perspectivas, haciendo hincapié en sus deficiencias o inconsistencias, sosteniendo la hipótesis de que provienen, a nuestro entender, de la dificultad para concebir a los movimientos sociales como entes–procesos complejos, cambiantes y contradictorios, imponiéndose una idea del actor social como un ‘sujeto’ homogéneo o hegemónico, con rasgos uniformes, con criterios de acción perfectamente delimitados y con objetivos claramente definidos, a partir de la cual no sólo se ‘clasifica’, describe y explica la realidad, sino también se invisibiliza y/o se recusa una parte de esa realidad.

**Palabras clave** Movimientos sociales, sociología, historia social.

### 1. Introducción

2.

En los años ochenta del siglo pasado, el estudio de los movimientos sociales se configuró como una de las problemáticas centrales de la sociología chilena. El contexto dictatorial y la emergencia de protestas con carácter abierto y generalizado contra la dictadura, desde 1983, estimularon la discusión acerca del estatuto teórico de esas formas de protesta y de rebelión. En ese momento, la preocupación sociológica y política inherente al examen de los movimientos sociales giró en torno a la consideración de su potencial democratizador, de cara a una eventual transición posdictatorial; y, en relación con ello, los estudios indagaron acerca de la posibilidad de caracterizar los eventos de protesta y movilización, y las experiencias de organización social existentes en Chile, como ‘verdaderos’ movimientos sociales. Es decir, la preocupación teórica fundamental se expresó en la siguiente pregunta: ¿Existen movimientos sociales en Chile?

Desde una vertiente sociológica (Eugenio Tironi, Eduardo Valenzuela, Vicente Espinoza, etc.) se construyó una explicación teórica –inspirada en los presupuestos *tourainianos* de la acción colectiva– que negó el carácter de movimiento social a los referentes empíricos vigentes, y postuló la imposibilidad de que ‘auténticos’ movimientos sociales se constituyeran en el país. La respuesta a esta interpretación sociológica vino de una mirada distinta, desde una corriente de la historia social, la ‘Nueva Historia’ (Gabriel Salazar, María Angélica Illanes, Mario Garcés, etc.) que advirtió, por el contrario, el potencial transformador de las experiencias movilizadoras y de las acciones de grupos y organizaciones sociales en torno a la sobrevivencia y a la gestión local – en lo económico, lo político y lo cultural–. Fue ése un momento relevante para la construcción de los movimientos sociales como objeto de estudio (o sujeto, según la perspectiva considerada).

Este cruce de miradas plantea el desafío de comprender, a partir de una inquietud científica y política, cómo han sido considerados los movimientos sociales –esto es, las características del

actor social, sus reivindicaciones, su función, su impacto sobre otros actores y sobre los sistemas sociales. Lo planteado resulta pertinente y urgente por cuanto la mayoría de cuestiones problematizadas en la década de los ochenta constituyen aún asuntos de la mayor actualidad y relevancia, en las formas de acción colectiva del presente. Por ello parece imperioso hacer una revisión de esas distintas perspectivas y un balance de las herramientas con que contamos para comprender esas experiencias, haciendo hincapié en las deficiencias o inconsistencias de dichas aproximaciones.

Esta ponencia –anclada en los debates teóricos– pretende contribuir a ese esfuerzo, a partir de la exploración crítica de los presupuestos teóricos que han guiado los exámenes sobre los movimientos sociales en Chile. La principal hipótesis que sostengo es que la deficiencia fundamental de los postulados teóricos sobre los movimientos sociales, proviene de la dificultad para concebirllos como entes–procesos complejos, cambiantes y contradictorios, imponiéndose, en cambio, una idea del actor social como un ‘sujeto’ homogéneo o hegemónico, con rasgos uniformes, con criterios de acción perfectamente delimitados y con objetivos claramente definidos, a partir de la cual no sólo se ‘clasifica’, describe y explica la realidad, sino también se invisibiliza y/o se recusa una parte de ella.

1983 constituye un punto de quiebre en la historia y la historiografía sobre los movimientos sociales en Chile; ese año estallaron un conjunto de movilizaciones sociales conocidas como «Jornadas de Protesta Nacional», con elevada presencia y protagonismo de pobladores, especialmente jóvenes, que dinamizó la protesta de sectores más amplios. En un primer momento, se sumaron en gran proporción sectores medios, aunque a medida que se sucedieron las protestas y ganaron en radicalidad y que, paralelamente, se fueron reorganizando los partidos políticos, y fue imponiéndose la estrategia de negociación con los militares para una salida pactada a la dictadura, su participación fluctuó y finalmente decayó. Este ‘estallido’ social, esta «explosión de las mayorías» –como la nombraron Mario Garcés y Gonzalo de la Maza (1985)– tomó desprevenido, en gran medida, al conjunto de la sociedad, a los partidos políticos, y también a los intelectuales y académicos. Después de diez años de horror, persecución, tortura, asesinato, todo ello aliñado con tempranas y agresivas políticas neoliberales, después de una década en la que parecía que nada se movía, la sociedad perdió el miedo –o lo controló–, y se abrió un ciclo de masivas y radicales movilizaciones sociales, marchas, ‘tomas’, enfrentamientos, que concitó inmediatamente la atención de la sociedad y, específicamente, la de los científicos sociales.

Las ciencias sociales –y la sociología en particular–, venían atravesando su propio vía crucis desde el golpe de Estado, pero un número significativo de científicos sociales había logrado rearticularse en torno de Centros Académicos Independientes, dando vida a numerosas investigaciones (muchas de ellas sobre actores y movimientos sociales), cuya característica más destacable fue la orientación epistemológica centrada principalmente alrededor de temas-problemas, y no tanto de intereses disciplinarios. Este hecho determinó que en la discusión sobre movimientos sociales participaran investigadores provenientes de distintas disciplinas, y contribuyeran desde los conocimientos específicos de su campo a una reconstrucción más compleja del problema a estudiar. Sin llegar a constituir una tradición propiamente interdisciplinaria, sí se produjo un acercamiento y un diálogo que enriqueció notablemente los debates de la época, y cuya carencia se haría sentir en las siguientes décadas. A continuación presentamos, con elevada dosis de esquematización, las dos principales aproximaciones teórico-metodológicas al estudio de los movimientos sociales, emergidas al calor de las «Jornadas de Protesta Nacional».

### **3. La aproximación sociológica**

La sociología chilena –como la latinoamericana, en general– ha estado fuertemente influenciada por los trabajos del sociólogo francés Alain Touraine, cuya relación con la región ha sido muy estrecha –personal y profesionalmente– desde mediados de los cincuenta. Su definición de movimiento social como un actor social predominante que condensa las luchas sociales de un tipo de sociedad y que disputa frente a otro actor social la definición de las orientaciones culturales de su historicidad –concepto construido fundamentalmente a la luz de la experiencia del movimiento obrero europeo–, constituyó el marco desde donde fueron interpretadas las protestas y movilizaciones desplegadas por los pobladores en Chile. Y, desde esa perspectiva, la conclusión ‘lógica’ fue que no existían movimientos sociales en este país, porque el movimiento social no podía surgir jamás de un sujeto marginal y desde las prácticas anómicas y desviadas que lo caracterizaban (tal y como habían sido descritos los pobladores).<sup>1</sup> Los científicos sociales chilenos, siguiendo al sociólogo francés, afirmaron que “no hay movimientos sociales propiamente tales, esto es, acciones colectivas sistemáticas dirigidas contra un antagonista también social en un campo cultural e institucionalmente regulado” (Tironi, 1986b, p.15), aplicando taxativamente la definición antes referida. Quien mejor sintetizó la conclusión a la que arribó este grupo de académicos fue, quizás, François Dubet (1987), contraparte por el Cadis<sup>2</sup> del proyecto de estudio de los pobladores:

A causa de la exclusión y de su marginalidad, nunca los pobladores han podido constituir un real movimiento social, y es sólo de manera metafórica e ideológica que algunos han llegado a analizar las luchas de los marginales en los mismos términos que una acción de clases o el movimiento obrero. De la misma manera, nunca la lucha de los pobladores ha podido ser identificada como una lucha revolucionaria capaz de impulsar un cambio de tipo de sociedad (p. 98).

Nótese la referencia explícita al movimiento obrero, como prototipo de movimiento social, por un lado; y la consideración reprobatoria, también categórica, de la lucha poblacional (reproche sobre el que volveremos más adelante). Según estos sociólogos, más allá de las restricciones impuestas por el contexto dictatorial para la constitución de sujetos sociales autónomos, en términos de ausencia de libertades políticas, carencia de espacios democráticos, y débil o nula institucionalización de procedimientos para regular el conflicto, los pobladores no podían constituir un movimiento social debido a sus propias limitantes. Los análisis de las acciones desplegadas por los pobladores nos permiten vislumbrar el concepto de movimiento social que subyace en esta perspectiva, a partir sobre todo, de lo que ‘les faltaba’ o ‘les sobraba’ a esos procesos para constituirse en un ‘real’ movimiento social. Las conductas de los pobladores eran definidas como anómicas y desviadas, pudiendo expresarse su anomia de distintas maneras: ya fuera en su «ensimismamiento» o en su «violencia desatada», en el retraimiento comunitario o en las acciones delincuenciales. Además, la anomia presupone la falta de integración interna: algo que se reflejaba en la diversidad de expresiones que adoptaba la acción de los pobladores. De hecho, los científicos sociales chilenos identificaron cuatro orientaciones de su conducta:

Una reivindicativa, que razona en términos clasistas; otra populista, que se dirige al Estado en la defensa de los derechos ciudadanos; una tercera comunitaria, que busca la constitución de ‘un mundo de los pobladores’; y, por último, una orientación revolucionaria, que desea aprovechar las contradicciones para destruir al capitalismo (Tironi, 1987b, p.15).

Las vías reivindicativa y populista apenas eran consideradas por tratarse de las menos frecuentes y con menores condiciones de posibilidad, dadas las circunstancias impuestas por la dictadura.<sup>3</sup> Las

otras, más habituales, denotaban que los pobladores estaban demasiado imbuidos de ansias revolucionarias o de nostalgias comunitarias, y en cualquiera de los dos casos, esos sentimientos indicaban una desviación de la conducta adaptativa considerada normal, a partir del mito de la modernización, que consideraba prototípico el proceso de transición desde las sociedades ‘arcaicas’ a la moderna sociedad capitalista, experimentada por la Europa occidental y los países anglosajones.

Todo ello redundaba en la imposibilidad de que las acciones de los pobladores los constituyeran en un actor social, porque les restaba homogeneidad en sus rasgos constitutivos y en sus lógicas de acción. En contraste, lo que estos autores advertían era que el denominado «movimiento de pobladores» –que, a su parecer, tenía un “carácter fantasmagórico” (Tironi, 1986c) pues constituía más un deseo que una realidad– no era más que la expresión de “las distintas tendencias ideológicas nacionales” a nivel poblacional, y no el “intérprete de posiciones sociales homogéneas” de ese mundo (Tironi, 1987a, p. 74). Los pobladores carecían de la suficiente claridad estratégica para definir en un programa todas sus aspiraciones políticas, económicas y sociales. Por lo tanto, no existía un proyecto de transformación social, sino huidas a la comunidad, demandas ‘clientelísticas’ al Estado o rebeliones vandálicas (Tironi, 1990, p.159, p.155 y p.169). Por eso «a los pobladores se les asigna un rol destacado en el proceso del derrocamiento de la dictadura, pero en la conformación del proyecto hacia futuro tienen un rol subordinado a la conducción de la clase obrera» (Espinoza, 1983, p.73). La conclusión de Espinoza fue contundente: «no se puede hablar de los pobladores como movimiento ni tampoco, todavía, se puede hablar de los pobladores como *actor válido*» (1983, p.74). Y, a continuación, su receta: «tenemos acción, tenemos organización pero lo que falta es *proyecto*» (Espinoza, 1983, p.74). Y es que, ante la incapacidad de la teoría de la acción colectiva de Alain Touraine para enmarcar la lucha poblacional, ésta terminó siendo explicada a partir de las teorizaciones sobre la desviación social y la modernización, conceptos de por sí preñados de lo político.

De ahí que no sólo se tratara de la inexistencia de un movimiento social propiamente tal, sino de que las acciones desplegadas por los pobladores tenían un sentido totalmente opuesto (incluso ‘contrarrevolucionario’): “La crisis de la acción reivindicativa y los límites del comunitarismo desembocan en un fenómeno que corresponde bastante aproximadamente a lo que Touraine denomina a veces genéricamente como un ‘antimovimiento social’, cuya expresión más patente es la violencia” (Tironi, 1986b, p.31). Así pues, la falta de homogeneidad en sus orientaciones y de la necesaria independencia de otros actores sociales y políticos –principalmente de los partidos políticos, pero también de la Iglesia y de asociaciones de técnicos y educadores sociales–, para hacer valer sus intereses, su débil institucionalización, así como su “explosiva” acción y la alta dosis de “violencia” que acompañaba algunas de sus protestas, hacía de los pobladores una “amenaza” –al decir de estos sociólogos–, para la recuperación democrática y ponía en peligro la ansiada negociación para la transición, llegando a sostener que “el miedo al Estado [...] que había logrado cohesionar a los más amplios grupos sociales en las primeras protestas, se revirtió en un miedo de la sociedad civil a sus propias tendencias autodestructivas” (Tironi, 1991, p.147), lo cual podría convertirse “en un respaldo a una solución autoritaria” (Tironi, 1987a p.65). La acción de los pobladores –insiste este sociólogo–:

[...] carece de la articulación necesaria como para que ellos puedan hacerse representar en la edificación de un orden democrático según una lógica concertacionista; su situación, por el contrario, se identifica más con la peligrosa situación de masas ‘en disponibilidad’ para pasar de la apatía a una movilización de tipo milenarista, y viceversa (Tironi, 1986b).

La referencia a las «masas» no es inocente; este concepto tiene en la trayectoria de las ciencias sociales una pesada carga de negatividad, pues niega el carácter racional de aquel colectivo al que se aplica, y lo supone, en todo caso, moldeable desde ‘afuera’, conforme a intereses externos. Una vez más, se hacía hincapié en que los pobladores no eran capaces de actuar de acuerdo a principios y fines que estructuraran una lógica interna, pues supuestamente carecían de esa lógica. De ahí la insistencia en el carácter anómico, desviado, retraído, pre-político, impredecible y violento que se les atribuía. Y esa interpretación cimentó el camino para que las aspiraciones de los pobladores fueran despreciadas y sus acciones estigmatizadas y anatemizadas por quienes se consideraron capaces de edificar una ‘sociedad democrática’.

#### 4. La mirada de la ‘Nueva Historia’

##### 5.

La corriente que ha dado en llamarse «Nueva Historia», estaba en plena construcción de sus cimientos a mediados de la década de los ochenta. Su ‘acta de nacimiento’ tiene lugar en el año 1985 en un «Encuentro de Historiadores Jóvenes» celebrado en Santiago de Chile, dando lugar a la que ha sido llamada «generación historiográfica de 1985». Su reflexión está profundamente anclada en las experiencias de organización protagonizadas por los sectores populares, y emerge como una necesidad para coadyuvar al proceso de transformación social a partir de la rearticulación del movimiento popular. Esta perspectiva constituye una apuesta por repensar varios mitos y presupuestos que han caracterizado la versión hegemónica de hacer ciencia (que es la ciencia occidental), y de escribir la historia. Se trata indudablemente de una propuesta local, claramente ubicada geográficamente desde un punto del Sur global –Chile– y desde sus particularidades históricas y especificidades sociales y culturales, que converge con otros esfuerzos que se vienen realizando en distintas partes del orbe, por ‘descolonizar’ la ciencia, y particularmente las ciencias sociales. Una de las principales rupturas epistémicas que plantea esta perspectiva tiene que ver con la tradicional división entre sujeto y objeto. Partiendo de la premisa de que “no existe una posición privilegiada para conocer” (Salazar, 1999), la epistemología que subyace en la ‘Nueva Historia’ fusiona al sujeto cognoscente y al sujeto conocible: no hay objetos aquí, hay sujetos que se involucran en procesos de autoconocimiento y de autoeducación, pues sólo en ellos reside la capacidad de producir «ciencia popular»; actores de sus propias memorias, historias y ciencias. En este caso, la reposición de los sectores populares como actores centrales de la historia viene de la mano de la modificación del *locus* epistémico. El conocimiento es entendido como un momento más de la praxis transformadora.

Los movimientos sociales son vistos como procesos de autoeducación y empoderamiento protagonizados por las comunidades que se proponen restituir de manera autónoma (para lo cual resulta indispensable cierto control sobre un territorio y recursos) la vinculación entre lo social y la política para constituir una auténtica ciudadanía, esto es, ejercer permanentemente y sin delegarla, la soberanía.<sup>4</sup> Por lo tanto, es la comunidad la que debe decidir de continuo qué formas políticas darse y cómo organizar la vida social y económica. En eso consiste precisamente el poder, y está condicionado por la vitalidad de la cultura interna, una cultura propia, endógena y articulada con las necesidades reales de dicha comunidad. Frente al sistema de opresión, dominación y explotación que experimentan los ‘ciudadanos’, por parte del Estado y de la clase política (civil y militar) en su conjunto, del Mercado y de los grandes medios de comunicación de masas, la tarea del movimiento social, desde esta perspectiva, es reconstituir la comunidad y empoderarla por medio de la (re)creación de su propia historicidad encaminada a la búsqueda de mayores cuotas de autonomía y soberanía. Así pues, el movimiento social es esencialmente un movimiento cultural, ya que el eje que explica la conformación de movimientos y sus características no es el carácter clasista de sus ‘miembros’, sino la acción cultural de los sujetos

sociales. Con respecto a la política observamos una doble operación: en primer lugar se efectúa una politización de lo social, en el sentido de que lo social es concebido como connatural a lo político, porque tiene que ver con la vida del ser humano (ello implica la relación entre la especie humana y el resto de especies y con la naturaleza), es decir, con el proceso de humanización de la vida humana; en segundo lugar, entraña una disolución de la política en lo social, porque la esfera específica de la política (la política institucional y profesional) pierde relevancia en este tipo de análisis, lo cual no significa acabar con la representación como una forma válida de ejercer la política, sino con la profesionalización de la representatividad.

Efectivamente esta perspectiva avanza en el sentido de visibilizar y apreciar –cito a Gabriel Salazar, su principal exponente– «un movimiento social que no ha sido suficientemente valorado porque la teoría ha privilegiado y resaltado otro tipo de movimientos». La crítica se dirige a los que él denomina «Touraine'sBoys» y da cuenta de una mirada miope o prejuiciada que preconceptúa la realidad y descarta todo aquello que no tenga cabida dentro de los estrechos márgenes de sus conceptos 'importados' y absolutamente cerrados. En ese caso, la teoría funciona como unas anteojeras que encauzan la vista hacia aquello que está definido de antemano, esperando encontrarlo tal cual en la realidad y obviando aquello que no encaja plenamente en el concepto. O forzando a la realidad a caber en el concepto, como en los intentos por embutir a los disparejos y variados grupos de trabajadores en el concepto de «clase obrera» o «proletariado». Por el contrario, la nueva historia habría realizado un esfuerzo por comprender los movimientos sociales reales que han emergido en Chile. Así Gabriel Salazar (1986) sentencia:

Que el proletariado industrial sea la identidad social 'ideal' –en tanto estrato masivamente dependiente de un salario– para situar los objetivos populares de liberación, no significa que los que no son dependientes de un salario carezcan de identidad social y de capacidad para 'entrar' en la lucha de clases. En un país como Chile, tan coaccionado por 'desviaciones desestructurantes', los 'sectores independientes' copan la mayor parte del 'polo popular' de la lucha. Y por su independencia, acaso, se hallan eventualmente más 'libres' para entrar en la lucha. Pues, para la mayoría de los casos, esa independencia 'consiste' en la extrema pobreza, la máxima opresión y la suprema desviación, o sea, en el fondo 'definitorio' de lo que es en sí mismo el 'bajo pueblo' (p. 116).

Además, el desarrollo y construcción del movimiento popular es visto como un “proceso lento, cualitativo, diverso, amplio, de continuidad y ruptura, a partir de la subjetividad popular” (Agurto y Milos, 1983, p.8). Pierde centralidad en la reflexión el peso de las estructuras, la influencia de las «minorías lúcidas», de las vanguardias, la linealidad de los procesos; gana terreno la complejidad del sujeto, la pluralidad de los actores, las abigarradas vías de construcción de la subjetividad popular.

Y sin embargo, esa crítica, reconociendo su valioso aporte, no está exenta de incurrir en el error antes señalado. Al rescatar, visibilizar, evidenciar una parte de la realidad que había sido desatendida o incomprendida, evita problematizar las relaciones entre una y otra partes de la realidad, esto es, dar cuenta de cómo en el mundo popular coexisten culturas, tendencias y actores que abogan por tácticas distintas y priorizan sus intereses de manera también diferente. O todavía más: de cómo los actores en el proceso de lucha social van variando sus formas de acción, sus intereses, sus prioridades y, como en ocasiones, pueden optar por vías que parecen contradictorias con un momento anterior de su desarrollo, tomar decisiones que los lleven a la «auto-traición». Esta supuesta 'desnaturalización' del movimiento social es descrita por Salazar cuando afirma:

Está el problema de ser un movimiento de masas tradicional, que sale a la calle, llega a La Moneda o al Ministerio, y entrega peticiones a las autoridades, recibiendo una respuesta de

sentarse a conversar. Esa forma de protesta, es muy carnavalesca y entusiasta, pero sigue estando enmarcada en la lógica del Estado actual, bajo las reglas y el conducto regular que se impone, en circunstancia que lo que se cuestiona es el propio Estado y las reglas de juego vigentes.<sup>5</sup>

Algo que se explicita en la atribución, nuevamente, del carácter de ‘masa’ al movimiento proletario, en este caso, que no encaja en la aún rígida definición de movimiento social propuesta: “no fue más que un pasivo y dócil movimiento de masas, dirigido y conducido políticamente por otros, vertical e ideológicamente, durante todo ese tiempo” (Salazar, 2012, p. 287).

## 6. Conclusiones

La breve síntesis de algunos de los presupuestos teórico-metodológicos y reflexiones epistemológicas esbozadas más arriba reedita algunos de los nudos gordianos del estudio de los movimientos sociales y procesos de resistencia, lucha y transformación social, y arroja luz sobre problemas y discusiones de la máxima actualidad. El debate sobre las determinaciones del concepto de movimiento social y su adecuación para comprender los procesos de protesta y movilización en Chile en la década de los ochenta, y la negación finalmente del carácter de («real») movimiento social a las acciones de los pobladores, pone de manifiesto cómo el concepto de movimiento social se convirtió, de algún modo, en un compartimento estanco que, tal y como sucediera anteriormente con la categoría de «clase obrera», dificultaba más la comprensión de las particularidades de la realidad chilena, que lo que ayudaba a su esclarecimiento: poco se avanzó en el terreno del conocimiento con decir que “no hubo, no hay, no habrá” movimientos sociales urbanos en Chile (Touraine, 1987, p. 218-219). Una corriente importante de la sociología emprendió el estudio de la protesta y organización poblacional a partir de una definición de movimiento social (*tourainiana*) cuyas determinaciones principales no encontraron en las organizaciones, actitudes y comportamientos de los pobladores. La inadecuación de los hechos a la teoría determinó una actitud de reproche hacia el objeto de estudio debido a aquello que le faltaba al fenómeno en cuestión para constituir un ‘verdadero’ o ‘real’ movimiento social. La heterogeneidad presente en el sector poblacional y la diversidad característica del actor poblacional fue interpretada desde esta perspectiva como una limitante para la constitución de movimientos sociales y, por ende, de prácticas con un potencial transformador, en un sentido positivo, de la sociedad. La unidad fue pensada como uniformidad, como homogeneidad, de características sociales, de tácticas de acción, de proyectos de futuro. Y además fue considerada un punto de partida: la condición primera para poder prestar atención a esas experiencias, y considerarlas seriamente. Por otra parte la política fue concebida en su sentido más restringido, como la política partidaria y estatal, todo lo que no estuviera encauzado por esos canales no era político. Y el movimiento social solo llegaría a ser tal si se expresaba en un movimiento político hegemónico por un partido capaz de disputar las orientaciones en la política electoral. A su vez, lo social sin la política parecía pura irracionalidad, emociones primarias, inviabilidad. Hay un sesgo en esta mirada hacia lo dado, hacia lo ya definido, lo estable, que trata de captar en un ‘momento’ las características estructurales, abstractas y generales, de un ‘objeto’. Y también aboga por una idea de la transformación en la que es necesario definir de antemano un proyecto global de una sociedad distinta (determinar en el presente cómo será en todos sus aspectos la futura sociedad).

El contrapunto procede de la historia social, pues ésta tiende a pensar la transformación como un proceso de más largo aliento (efecto de su orientación disciplinaria), y ver entonces la evolución de los distintos proyectos y experiencias, dándose cuenta de los avances y retrocesos. El

carácter móvil, procesual, que rescata la perspectiva histórica, debe hacernos pensar en la unidad no como un punto de partida, sino como un destino, pero tampoco un destino al que pueda llegarse de una vez para siempre, sino una aspiración de difícil consecución y frágil permanencia, con la posibilidad perenne de ser debilitada y con la necesidad constante de trabajar en pro de ella. Además, debemos incorporar lo particular en el análisis, para no fijarnos exclusivamente en lo general, lo abstracto, lo común, sino en lo diferente, y avanzar en un acercamiento más complejo y completo de los problemas. La diversidad, la pluralidad, las particularidades, deben ser entendidas como algo que suma, en lugar de restar, como una condición que enriquece los procesos de transformación, que permite complementarse mejor y abrir distintas vías de revolución. El proyecto, entonces, quizás no deba ser visto como un diseño milimetrado de la sociedad futura, sino como una constelación de propuestas que van configurando (en gerundio) una sociabilidad distinta, siempre en tensión. Obviamente la imagen propuesta de la transformación social resulta un poco más compleja, y quizás un punto menos romántica, que la tradicional, pero quizás también más factible y fructífera.

El mundo popular, los movimientos sociales de ‘los de abajo,’ configuran una realidad aún más compleja, diversa y contradictoria de lo que las distintas miradas sobre ellos han mostrado hasta el momento. De alguna manera cada una de ellas totaliza una explicación a partir de un retazo de realidad, despreciando o desestimando lo que entorpezca esa descripción, sin dar cuenta de la paradoja, de la incoherencia, de la dialéctica. Creo que un intento por abordar el problema de esta manera, nos arrojaría una noción de los movimientos sociales como entidades-procesos complejos, diversos, contradictorios, con actores sociales del mismo tipo, y por lo tanto abiertos y cambiantes. De lo contrario, caemos en una suerte de esencialismo en donde los movimientos sociales son (y siempre han sido), es decir, nacen, crecen y mueren, siendo de tal o cual manera.

Por ello resulta necesario avanzar aún más para intentar comprender de qué manera se producen históricamente los trasvases entre ‘lo social’ y ‘la política’, y por qué en el caso de varios movimientos se produce una escisión y subordinación de las bases a los dirigentes, o de los sindicatos a los partidos, o de los trabajadores a sus organizaciones, etc. ¿Qué mecanismos operan para que se produzca esa fetichización de lo político? ¿Por qué resulta tan difícil desde el ‘abajo social’ interponer dispositivos de control sobre esos peligros de alienación, perversión, ‘traición’? Estas preguntas condensan preocupaciones más profundas sobre la ‘naturaleza’ de los actores sociales y los procesos de transformación social. Y quizás nos ayude a pensar la transformación social, por el camino de la humanización, entender que la autonomía y la soberanía, en el actual mundo capitalista (con su incesante capacidad de ‘contaminar’ todos los espacios y relaciones) no pueden ser absolutas, y que el peligro de elitización, de ‘desviación’, está siempre presente. Como una manera de advertir ese peligro y dar marcha atrás. Y aún quizás, en ninguna sociedad posible, más allá del capitalismo, podamos pensar que estamos ‘libres de pecado’.

## 7. Bibliografía

Agurto, I. & Milos, P. 1983. Momento político y protagonismo popular. *Educación y Solidaridad*, 4, 5-10.

De la Maza, G. & Garcés, M. (1985). *La explosión de las mayorías. Protesta nacional 1983-1984*. Santiago de Chile: ECO.

Dubet, Fr. (1987). Las conductas marginales de los jóvenes pobladores. *Proposiciones*, 14, 94-100.



- Espinoza, Vicente. (1983). Protesta, movilización y construcción de movimiento en el sector poblacional. *ECO, Educación y Comunicaciones*, 4, 65-75.
- Salazar, G. (1986). De la generación chilena del '68: ¿Omnipotencia, anomia, movimiento social? *Proposiciones*, 12, pp. 96-116.
- Salazar, G. (2012). *Movimientos sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*. Santiago de Chile: Uqbar
- Salazar, Gabriel. Sobre unas críticas indirectas a la Historia Contemporánea de Chile. *ElMercurio*, Artes y Letras, 6 de junio de 1999.
- Tironi, E. (1986a). La revuelta de los pobladores. Integración social y democracia. *Nueva Sociedad*, 83, 24-32.
- Tironi, E. (1986b). Para una sociología de la decadencia. *Proposiciones*, 12, 12-16.
- Tironi, E. (1986c). El fantasma de los pobladores. *Estudios Sociológicos*, 12, 391-397.
- Tironi, E. (1987a). Pobladores e integración social. *Proposiciones* 14, 64-84.
- Tironi, E. (1987b). Introducción. *Proposiciones*, 14, 9-20.
- Tironi, E. (1990). Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile 1973-1989. Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Tironi, E. (1991). Pobladores en Chile: Protesta y organización. En Jacobo Schatan et ál. (Eds.) 1991. *El sector informal en América Latina. Una selección de perspectivas analíticas*. México: Centro de Investigación y Docencia Económicas, pp. 143-165.
- Touraine, A. (1987). Conclusión: La centralidad de los marginales. *Proposiciones*, 14, 214-224.

---

<sup>1</sup> Acoto aquí que esta conclusión fue cuestionada incluso por el mismísimo Touraine cuando en el año 1987 participó en un seminario en Chile sobre estos asuntos, restando validez así a sus propios discípulos, lo cual plantea una problemática muy interesante acerca de cómo las teorías 'importadas' no son únicamente aplicadas, sino también adaptadas y transformadas, a veces incluso en un sentido perverso

<sup>2</sup> Centro de Análisis e Intervención Sociológica (Cadis) de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (Ehess).

<sup>3</sup> Para un análisis más detallado de esto ver: Iglesias Vázquez, Mónica. (2011) *Rompiendo el cerco. El movimiento de pobladores contra la Dictadura*. Santiago de Chile: Ediciones Radio Universidad de Chile, p. 46-56.

<sup>4</sup> Esto supone por otra parte romper con otro mito, esta vez de la ciencia política: el de que lo social y lo político configuran esferas separadas, con lógicas de acción bien diferenciadas.

<sup>5</sup> Abarca, Felipe. Entrevista a Gabriel Salazar: Gabriel Salazar, "Los movimientos sociales en Chile", y el despertar de la Soberanía Popular (2011, 10 de octubre). *El aMaule*.